
ANECDOTARIO CINEMATOGRAFICO

De aventuras del cine
y otros cuentos



MUSEO DEL CINE

JUAN CARLOS JIMÉNEZ RUIZ

Juan Carlos Jiménez Ruiz

ANECDOTARIO
CINEMATOGRAFICO
de aventuras del cine
y
otros cuentos

EDICIONES DOCE CALLES
MUSEO DEL CINE. COLECCIÓN CARLOS JIMÉNEZ

ÍNDICE

Una velada, una copa y un sueño.....	15
--------------------------------------	----

I. LAS ANÉCDOTAS

Dos cuñadas desenfrenadas.....	19
De cómo se inauguró el cine parís de Villarejo de Salvanés.....	23
Una sesión de cine a la antigua usanza.....	25
El empalme aéreo.....	27
Los problemas del doblaje (una barbaridad lingüística).....	31
Del oficio de operador en 1927.....	35
Las dotes artísticas del empresario-operador de cine.....	39
El cine que tuvimos.....	41
De cómo conseguí un piano de la Belle Epoque.....	45
Fantasmas en el cine fantasio de Triana.....	55
Rescatando un viejo proyector a una familia enemistada.....	57
Mi buen amigo Pedro: su última aventura.....	65
La dinamita está servida.....	69
Don Mariano Benavente y la fuente de «El Pilar».....	71
El technicolor en vivo.....	75
Falsedades y pequeños engaños.....	77
El ritual cinematográfico (ir al cine en 1900).....	79
El ritual cinematográfico (ir al cine en 1950).....	83
El ritual cinematográfico (ir al cine en 2000).....	87
La primera guerra del cine.....	91
Las tres mentiras de edison.....	95
Edison, el hombre (1940).....	97
El cine y la temperatura.....	101
Llega el cine a Madrid.....	105
Los primeros cines en los Estados Unidos de America.....	107
La publicidad y los guapos del parque.....	109

Los tres magos	113
Orden en la sala	117
Del silente al parlante	121
El cine Benavente, de don Jacinto	125
La inauguración de un cine «de pueblo»	129
Cinema paradiso	133
Almería, tierra de cine	137
El «cameloscope»	141
Ir al cine... sin saber a qué	145
De cómo se trabaja en España	147
Cine... ¡hasta perderse!	155
De cómo un acomodador vigilaba el orden sexual en su cine	157
Olocau	163
El gallinero	167
Curiosidades de cuando el cine era mudo	171
Un problema eléctrico	177
De cómo se hacía cine sonoro cuando el cine era mudo	181
Consejos prácticos «de cine»	185

II. LAS AVENTURAS

Una muy curiosa inspección	193
Una accidentada sesión de cine	199
Los espectadores se ponen «negros»	203
El «pinchazo»	207
Mi pobre perro	213
Un poeta en el cine	219

III. OTRAS COSAS (DE CINE)

Los orígenes de la linterna mágica cinematográfica	227
Hollywood a la española	231
El desarrollo del cine rural y su función social	233
Los torcidos caminos del cine que hubo en España	237
Morituri te salutam – la imposición	241
Primer centenario del cine – sinopsis biográfica	245
Cine sonoro y cine mudo	249
Evolución técnica de la proyección cinematográfica	253

Discurso de Carlos Jiménez en la Universidad Complutense.....	259
Ni cine clásico, ni clásico cine.....	263
Viejos cines, nuevas costumbres.....	267
Recuerdos del nacimiento del cine.....	271
El linternista.....	275
Las convulsiones del cine.....	279
Inauguración del museo del cine.....	283
Entrevista concedida a «encomienda mayor de castilla».....	289
Entrevista concedida a la revista «El cine de aquí».....	299
Visita guiada al museo del cine.....	303
Relaciones comerciales entre distribuidoras y exhibidores.....	325
Llega al museo del cine la cámara que filmó a Franco.....	329
El nacimiento del sonoro.....	333
El western: a tiro limpio.....	337
El mejor regalo: un libro. –de cine–.....	341
Clasificación moral de las películas a mediados del siglo xx.....	343
El formato cinematográfico de la iglesia.....	347
Los problemas eclesiásticos del cine a mediados del siglo xx.....	349
Los premios Goya en su 29ª edición.....	351
El cine también tiene santo.....	355
El crimen de Cuenca.....	357
¡¡¡ Que vienen los socialistas !!!.....	359
Un legado histórico.....	361
De las variedades al erotismo.....	365
Carlos Jiménez presenta su novela en la Feria del Libro de Madrid.....	369
Franco, ese hombre.....	371
Presentación de la novela <i>Sentados en la butaca de un cine</i>	373
<i>Bodas de sangre</i> : la novia.....	377
Actores que no terminaron como sus películas.....	381
Los Goya: 31ª edición.....	391
La revolución industrial, la época victoriana, la Belle Epoque y el cine... ..	395
Linares: rescatando parte de su historia.....	399
La cruz de Malta y el cine.....	403
La guerra de las patentes.....	405
De cómo se engañaban mutuamente distribuidores (grandes y pequeños) y exhibidores (solo pequeños).....	409
Películas malditas y malas películas.....	421
El pecador de la pradera.....	425
La 32ª edición de los Goya.....	429

Carlos Jiménez ha regentado veintidós salas de cine rurales y, simultáneamente, ha recorrido toda la geografía Española buscando para su colección esas máquinas de cine que, escondidas, aún podían encontrarse en algún rincón de un cine abandonado. Pero aquellos viejos empresarios de cine –exhibidores– además de donarle o venderle su maquinaria, le han obsequiado con sus historias.

Son historias que han ocurrido en las cabinas de proyección –y que el público jamás tuvo conocimiento de ellas–, o en el patio de butacas de cualquier cinematógrafo, de esos que en los años 60 y 70 del siglo pasado pasaba casi de todo.

Todas las anécdotas e historias aquí narradas son verídicas, están atestiguadas por las personas que las vivieron y el autor da fe de ello. Probablemente muchas de ellas hoy nos parecerán verdaderas barbaridades, y otras nos despertarán la carcajada, pero en su conjunto nos muestran la forma que tenía el público de vivir el cine rural en una época determinada, lo que constituye una verdadera aportación a la historia del 7.º Arte.

La experiencia del autor –que dio su primera sesión de cine con tan solo ocho años de edad–, así como su pasión por revelar historias inéditas –muchas de ellas vividas en primera persona–, queda patente en las páginas de este singular anecdotario que, lejos de hablar de actores, directores u otras personalidades famosas del cine, nos relata lo sucedido en los cines más humildes, aquellos a los que despectivamente se les llamaba «de pueblo», pero que fueron el 80% de los cines de España e indudablemente cumplieron su función social.

Este *Anecdotario cinematográfico*, está pensado y escrito para hacerle a usted retroceder en el tiempo, para que, acomodado en su sillón o en su sitio de costumbre, se relaje, disfrute y sueñe con unos tiempos en los que el cine lo era todo.

Aparentemente es un sencillo libro de anécdotas, pero encierra algo más porque, en su segunda parte las anécdotas se convierten en historias, generalmente muy desconocidas, que enriquecerán los conocimientos cinematográficos del lector.

Es justo también decir, que todo aquello que se narra sin haber sido testigo directo el autor, aunque se presupone su veracidad, es imposible probarlo. Son datos recopilados de libros –antiguos y modernos– o aportados por las personas que vivieron los hechos y aquí los testifican. El autor simplemente se limita a narrarlos de la misma forma que han llegado hasta él sin que, de ningún modo, los confirme o desmienta. En consecuencia, el autor es un simple transmisor, sus afirmaciones han de considerarse opinables y cada lector será libre de sacar sus propias conclusiones.

Este libro está recomendado para todo aquel que quiera disfrutar del cine de los años 50, 60 o 70 y, muy especialmente, para alumnos de cualquier especialidad cinematográfica, que encontrarán en él historias que jamás fueron publicadas en España.

DOS CUÑADAS DESENFRENADAS

(Una historia inédita de don Jacinto Benavente)

Seguro estoy que jamás consideró don Jacinto Benavente que yo, que snací noventa años después que él, iba a sacar su nombre del baúl de los recuerdos por culpa de dos de sus primas, que le hicieron partícipe de este anecdótico suceso.

Se estaba representando en el teatro Lara de Madrid *Los intereses creados*, obra cumbre de nuestro autor. Los precarios medios de comunicación de la época –radio y periódico– se hacían eco del gran acontecimiento causando una gran emoción –y alboroto– en familiares, amigos y conocidos del autor.

Norberta y Marcelina, cuñadas que tenían común parentesco con don Jacinto, decidieron ir a la capital para ver «qué era eso».

El camino desde Villarejo era tan tortuoso como habitual su recorrido. Habría que montar en la tartana del «Tío Levita» que, tirada por dos mulas cargadas de años, disponía de algo parecido a seis asientos.

El segundo trance consistía en ser propietario –cada pasajero– de tres reales para después, cargado de una gran capacidad de desprendimiento, apartarse de ellos en favor del cochero, si se quería llegar al apeadero de Perales de Tajuña, situado en la carretera de Morata.

Suponiendo que, anormalmente, no se hubiera dado ninguna contrariedad durante el trayecto, bastaba con una hora para alcanzar la primera meta; allí se hacía «transbordo», y bastaba con otros noventa minutos para arribar en tren a la estación del Niño Jesús, detrás de la Iglesia de San Jerónimo, no sin antes haber hecho unas pausas en los apeaderos de Arganda y Vallecas, y poseer diez reales menos.

Pasadas estas vicisitudes, y ya en la Corredera Baja de San Pablo, las dos mujeres deciden sacar entrada de segunda fila, tanto para «ver bien», como para ser «bien vistas», si bien no quisieron pedir butacas de primera por temer, quizá por cortedad, ser desalojadas de tan importante sitio. Tomaron asiento y comenzó la función.

Terminado el primer acto, el público asistente prorrumpió en incessantes aplausos y, efervorizado por el ingenio del autor, pidió la aparición de éste en el escenario.

Don Jacinto salió a saludar a los asistentes e inmediatamente dijo Marcelina a su cuñada:

—¡Anda! Ahí tienes al primo.

Norberta, entusiasmada y con no pocas ganas de hacer notar su presencia gritaba:



Don Jacinto Benavente leyendo *Gente conocida* a la señorita Cobeña y al señor Thuillier, de Franzen, *Blanco y Negro*, 31-10-1896

—¡Primo...! ¡Primo...! ¡Primo...

Pero tuvo mala suerte, porque la euforia de estas dos mujeres fue cortada radicalmente por un vecino del asiento trasero que, con autoritarismo y sequedad exclamó:

—¡Ustedes! Acompañenme a la Comisaría.

—Pero... ¿Qué dice este hombre? –Contestaron sorprendidas.

—Un artista como don Jacinto no merece ser llamado así –replicó aquel señor.

El asunto iba en serio, y el vocerío de las dos cuñadas, que no se aturdían, llegó hasta los oídos del autor:

—¡Jacinto! Mira, que nos quieren llevar detenidas –Suplicaban a voces.

El ilustre don Jacinto, reconociéndolas, saltó del escenario y, en seguida, fue a interesarse por sus parientes.

—¿Qué os pasa? –Preguntó sorprendido.

—Que este hombre nos quiere llevar a declarar a la comisaría porque dice que te estamos insultando –le explicaron señalando con el dedo al supuesto defensor del orden.

El paciente don Jacinto se vio forzado a aclarar aquella situación de «primos»: Él, que era el principal primo; Norberta, que era prima hermana; Marcelina que, casada con el primo hermano Balbino, se convertía automáticamente en prima política; y el «primo» del señor de atrás que, erigiéndose en defensor de la justicia y el arte, no supo interpretar el benévolo griterío.

El desconocido señor pidió disculpas a toda la familia allí reunida, y don Jacinto suplicó a sus dos parientes:

—Sentaos y estaos quietas, cuando termine la representación volveré a por vosotras.

Y así fue. Terminada la representación, fueron invitadas por el insigne autor a su casa, donde cenaron y descansaron hasta el día siguiente.

...y es que en España es pícara hasta la lengua que a veces, con el doble sentido de sus palabras, hace que sea necesario mirar a los ojos del parlante para descubrir el verdadero significado de lo que dice.

P.D. El insigne dramaturgo don Jacinto Benavente era descendiente materno de la madrileña población de Villarejo de Salvanes, población natal de este autor. El primer cine de este pueblo fue el Cine Benavente, y familiares de don Jacinto aún pasean por sus calles.

15 de enero, 1992



Andrés Jiménez París (derecha) posa con un vecino en el patio de butacas del cine que acababa de inaugurar con *Cuatro tíos de Texas* de Robert Aldrich.

Al fondo, las sillas que se apilaban de día para continuar las obras, y se extendían por la tarde para la sesión de noche.

DE CÓMO SE INAUGURÓ EL CINE PARÍS DE VILLAREJO DE SALVANÉS

Es el día 31 de agosto de 1966 y, al filo del mediodía, aparecen en la Plaza Principal del pueblo –llamada «de España»–, unas fotografías encartonadas, clavadas con tachuelas en un tablero, junto a un cartel que anuncia: «Hoy a, a las 10 de la noche, Cine de verano».

Demasiado tarde para abrir un cine de verano, pero nadie se sorprendió porque todos sabían que, unos meses atrás, se había comenzado la construcción de un cine en la calle Mayor. Sin embargo, pocos o nadie auguraba un final feliz porque el emprendedor de aquella aventura, no contaba con medios económicos propios, y tampoco tenía relación alguna con personas influyentes a las que apelar en caso de necesidad. De su parte solamente estaban el empeño, la tenacidad y unas enormes ganas de luchar.

Decididamente, Andrés Jiménez París contrató a unos albañiles y, al cabo de dos meses, se encontró con las paredes levantadas del futuro cine, pero sin ningún otro medio para seguir adelante. Sólo había una salida: abrir el cine sin esperar su terminación.

Con una pared enlucida de yeso que hiciera las funciones de pantalla, una especie de cabaña o cobijo en la parte trasera que sirviera de cabina, y cerca de doscientos asientos entre sillas, butacas, bancos e incluso cajas de refrescos, el local quedó –supuestamente– listo para el gran estreno.

Faltan dos horas para el comienzo de la sesión y la gente comienza a hacinarse ante un agujero que aparece en la desnuda pared delantera, y que se supone la taquilla. Suena música de Manolo Escobar y el público comienza a sacar su correspondiente entrada al precio de doce pesetas.

Primer problema: A los pocos minutos de abrir la taquilla, ya están vendidas las doscientas entradas que corresponden a todos los asientos, pero son los mismos espectadores quienes ponen la solución. Cuando se oye que ya no hay dónde sentarse, sin salir de la fila para no perder la vez, unos mandan a otros traer las sillas de su propia casa. Y las sillas llegan a montones.

El patio de butacas está lleno, aunque sea con mobiliario ajeno –y de lo más variopinto– pero, ante la puerta principal –de «segunda» mano y provisional– hay tantas personas que parece que todavía no hubiera entrado nadie y, lo que es peor, reclaman entrar «como sea».

El forjado del «Gallinero» se ha echado de cemento hace dos días y aún no tiene sillas ni barandilla protectora mas, como nadie quiere perderse el espectáculo, la mayoría termina consiguiendo entrar aunque sea para quedarse de pié por los alrededores de los recintos –inferior y superior– o viendo el cine a través de cualquier hueco.

Resultado: mil personas viendo *Cuatro tíos de Texas* con Ursula Andress, Anita Ekberg, Frank Sinatra y Dean Martin, en un local que en el futuro tendrá un aforo de cuatrocientas cincuenta butacas. Claro que, como no había techo, el aire era limpio. Obviamente se podía fumar pero, como los ladrillos no son inflamables, el único peligro estribaba en quemarse con el pitillo unos a otros y, como en la película había muchos «tiros», tampoco se apreciaba excesivamente que casi todos los presentes estuvieran comiendo pipas.

Todo este ambiente que hoy pudiera parecer una simple fantasía literaria por tan inconcebible en nuestros días, no solamente fue así sino que, además, aquellos primeros espectadores salieron del cine tan contentos que volvieron al día siguiente, y al siguiente del siguiente, y durante todo el mes de octubre y, aunque bien abrigados, hasta bien entrado el mes de noviembre a pesar de que el cine seguía sin techo.

Gracias a esa asiduidad de las gentes del pueblo, las obras pudieron seguir. De día se amontonaban las viejas y deterioradas butacas para dejar paso a los albañiles. De noche se extendían para comenzar la función. El Cine París no descansaba.

Pasada la época inicial, este cine consiguió mantenerse vivo, ofreciendo al público lo que éste exigía en cada momento. Durante largos años fueron los wésterns, luego vino la moda del «destape» y, después de luchar contra el video doméstico y los canales privados de televisión que ocasionaron el cierre de miles de cines en toda España, consiguió abrir sus puertas hasta 2004.

Las distribuidoras cinematográficas que aún no le dejaban estrenar películas, cavaron su tumba. Quizá, «gracias» a ellas, hoy aún sea el primer y único museo de cine profesional de España.

9 de agosto, 1996

LOS PROBLEMAS DEL DOBLAJE: EL «THE END» (Historias del cine de ayer)

Comíamos plácidamente en un restaurante Vallisoletano algunos amigos empresarios de cine y, como es habitual, hablábamos de nuestras desdichas del momento, pero también de viejas aventuras que entonces nos hicieron penar y ahora nos sirven de regocijo.

El mayor de ellos, don Jose Luis Rojas Sánchez, ya retirado de los negocios, guardó celosamente su edad, pero no así la hazaña que le ocurriera en su juventud cuando visitó Montemayor de Pililla, un pequeño pueblo Vallisoletano de menos de mil habitantes, para ofrecer sus proyecciones cinematográficas.

Era entonces –y hablamos ya de los años cincuenta– un espectáculo extraordinario el cine ambulante, sobre todo en aquellas pequeñas poblaciones que solo podían disfrutar de ese arte en ocasiones muy contadas como, por ejemplo, las fiestas locales u otra fecha destacada.

Solamente el anuncio de la función era causa suficiente para elevar los ánimos y esperar con ilusión e impaciencia el día, y la hora anunciada para la proyección.

Así, envuelto en aquellas circunstancias, tan especiales de cualquier población alejada de la gran ciudad, mi amigo Jose Luis anunció una sesión de cine en el salón de baile de aquel pueblo.

Respecto a la película, no hizo falta esmerarse demasiado porque lo novedoso del acontecimiento se convertiría en el principal ingrediente para sorprender a un público que, supuestamente, se contentaría con poco más que ver imágenes dinámicas en una pantalla.

Lejos de programar una de aquellas películas Españolas en las que no faltaba cante y baile, anunció una americana, de la Twenty Century Fox, en blanco y negro por supuesto, y con un entramado temático muy lejano a la cultura de aquellas gentes.

El éxito pronto se hizo palpable. Con el salón totalmente lleno de público que se acomodaba como podía, Jose Luis puso en marcha su

entonces ya viejo proyector francés Gaumont, iniciándose así la sesión de cine.

Hay que subrayar para comprender mejor lo que a continuación se narra, que aquellos espectadores, y no solo los de esa población, o todavía no habían visto jamás una película de cine, o si la habían visto sabían que eran necesarias varias paradas para cambiar los rollos, además de los cortes imprevistos.

Ese fue el peor fallo de Jose Luis. Como experto operador que ya era, decidió llevar a cabo un empalme aéreo de la película, de forma que antes de terminar un rollo, éste ya estaría empalmado con el siguiente, no siendo así necesario detener la proyección. No siempre era exitosa esta operación pero, sorprendentemente, todos los empalmes que en esta ocasión efectuó el operador fueron perfectos y, por consiguiente, la película no sufrió ninguna parada hasta que, por fin, apareció en pantalla el famoso –solo para unos pocos– «The End».

Sorprendentemente para el proyccionista, nadie se levantó de su sitio. Parecía que estuvieran esperando algo pero Jose Luis, como ya había terminado la función, recogió los rollos y se dispuso a salir del salón.

Ese fue el detonante. Viendo el público cómo pretendían marcharse película y operador, se abalanzó hacia la puerta impidiendo la salida de éste e increpándole con ánimos muy exaltados sobre el por qué de lo que ellos consideraban una *repentina* huida.

—Me voy porque la película ha terminado –Se defendía Jose Luis.

—¡Mentira! –le contestaban. No has parado ni una sola vez para cambiar el rollo y el *asunto* de la película está *a medias*.

—¡Pero hombre! ¿No habéis visto que ha *salido el fin*?

—¿Qué fin? Aquí no hemos visto nada.

—¿No habéis visto que *ponía* en la pantalla «The End»? –Insistía el empresario que ya empezaba a preocuparse.

—¡Sí! ¿Y qué? –Seguían insistiendo los demás.

—Pues que *The End*, en inglés, significa que la película ha terminado.

—Nosotros no sabemos inglés, y tú no sales de aquí hasta que no nos pongas la película que falta –fue la tajante respuesta.

El asunto comenzó a empeorar y el alboroto a hacerse patente. En consecuencia, se optó por llamar a las fuerzas del orden.

A los pocos minutos se presentó la Guardia Civil en el salón y, dirigiéndose al proyccionista, le preguntaron:

—¿Qué ha hecho usted para formar todo este alboroto?

—No he hecho nada que no debiera –contestó Jose Luis con gran sofoco– la película ha terminado y ellos creen que no.

—No hemos visto que cambiara ningún rollo –se oía decir a lo lejos– y además el *asunto* no ha terminado.

—Miren ustedes —volvía a insistir Jose Luis dirigiéndose a los dos agentes–, he empalmado una bobina con otra para no parar la proyección. He proyectado la película completa y ha terminado con la aparición de la palabra «The End».

—¿Y qué significa eso? –contestó uno de los guardias.

Ante esa pregunta es cuando verdaderamente empezó a asustarse mi amigo porque, si preocupante era que el público no supiera la *traducción*, más preocupante era que los que tenían que imponer el orden ignoraran también el significado de la frase inglesa. Así, Jose Luis tuvo que explicar de nuevo a aquellas autoridades el significado de los susodichos términos.

La verdad es que tampoco quedaron convencidos, y a ello contribuyeron los espectadores, contrarios a dejar que la película no terminase a su gusto, pero la Guardia Civil, al margen de una razón que no sabían en qué lado estaba, ordenó desalojar el salón y, dirigiéndose al operador, le advirtieron:

—Váyase usted también pero, si esto vuelve a ocurrir, tendrá que vérselas con nosotros.

No se habló más del asunto. Jose Luis recogió película y proyector, y regresó a su casa. Sin embargo no renunció a su negocio, así que decidió anunciar en el mismo salón otra película para la semana siguiente. Eso sí, en esta ocasión se preocupó de que fuera Española y que terminara con el, más clásico para nosotros, Fin.

Llegado el momento, nuestro amigo volvió a preparar su proyector y su película en un salón que volvió a llenarse de público, pero sabía que, en aquella segunda oportunidad que se le presentaba, tendría que cumplir las normas: Ahora la proyección se detiene al final de cada rollo y la palabra Fin aparece, majestuosa, al final de la película. El público estalla de alegría, satisfacción y complacencia, y la Guardia Civil, que en prevención de nuevos incidentes había estado allí desde el inicio, se acerca a la *cabina* y, dirigiéndose al operador, le dice:

—Esta vez sí que ha echado usted bien la película. Le felicitamos pero asegúrese de que en la próxima ocasión también esté *traducida*.

Y así ocurrió.

Y mi amigo, cincuenta años después, no puede olvidarse de aquel suceso.

9 de marzo, 2001

Carlos Jiménez ha regentado veintidós salas de cine rurales y, simultáneamente, ha recorrido toda la geografía Española buscando para su colección esas máquinas de cine que, escondidas, aún podían encontrarse en algún rincón de un cine abandonado. Pero aquellos viejos empresarios de cine—exhibidores— además de donarle o venderle su maquinaria, le han obsequiado con sus historias. Todas las anécdotas e historias aquí narradas son verídicas, están atestiguadas por las personas que las vivieron y el autor da fe de ello. Probablemente muchas de ellas hoy nos parecerán verdaderas barbaridades, y otras nos despertarán la carcajada, pero en su conjunto nos muestran la forma que tenía el público de vivir el cine rural en una época determinada, lo que constituye una verdadera aportación a la historia del 7º. Arte.

La experiencia del autor —que dio su primera sesión de cine con tan solo ocho años de edad—, así como su pasión por revelar historias inéditas —muchas de ellas vividas en primera persona—, queda patente en las páginas de este singular anecdotario que, lejos de hablar de actores, directores u otras personalidades famosas del cine, nos relata lo sucedido en los cines más humildes, aquellos a los que despectivamente se les llamaba “de pueblo”, pero que fueron el 80% de los cines de España e indudablemente cumplieron su función social.

Este *Anecdotario cinematográfico* está pensado y escrito para hacerle a usted retroceder en el tiempo, para que, acomodado en su sillón o en su sitio de costumbre, se relaje, disfrute y sueñe con unos tiempos en los que el cine lo era todo.

Este libro está recomendado para todo aquel que quiera disfrutar del cine de los años 50, 60 o 70 y, muy especialmente, para alumnos de cualquier especialidad cinematográfica, que encontrarán en él historias que jamás fueron publicadas en España.

